

Revista de libros

DIEGO F. PRÓ: *Alberto Rougés*. Editorial Valles Calchaquíes. Tucumán, 1957. Volumen rústica, 386 págs.

Alberto Rougés fué, en su conducta y en los pocos escritos que de él conocemos, un verdadero filósofo. Creía, enseñaba, y lo practicaba, que las altas verdades especulativas debían reflejarse en la vida, para que, formuladas luego teóricamente, gozaran de alguna eficacia. Excepto los años de carrera universitaria, toda su vida transcurrió en Tucumán, consagrado por vocación a la filosofía. Los pocos, pero valiosos escritos que de él se conservan le fueron arrancados casi a la fuerza por sus amigos. Bien merece este argentino ejemplar y sabio auténtico, el extenso y bien estructurado libro que le dedica el profesor Diego F. Pró.

Es una obra escrita con fervor, como solamente puede concebirla una persona que ve reflejada en Rougés, en su vida y en los ideales que defendiera, un elevado modelo humano. Sus páginas, escasas en adjetivaciones elogiosas, transparentan, sin embargo, la afinidad entre el autor y el biografiado. Pró, modestamente, al exponer

con fidelidad el pensamiento de Rougés, nos da también como en espejo lo que él piensa y quiere ser en filosofía. Es una exposición tranquila, razonada y serena, como de quien, a medida que desarrolla los conceptos se fuera interpretando a sí mismo. Las digresiones, siempre dentro del tema, se justifican por el afán de precisar ideas o de valorizarlas en parangón con otros sistemas.

El libro se inicia con el "curriculum vitae" de Rougés. No hay detalles que se destaquen, salvo el haber sido elegido rector de la Universidad de Tucumán sufriendo un ataque cardíaco, del cual falleció, al tomar posesión del cargo. Sin embargo, ha sido uno de los hombres que más ha hecho por la cultura del país, sobre todo de su provincia natal. Se olvidaba de sí mismo, para que los valores trascendentes adquirieran la más noble realidad. Siguen ocho capítulos en los cuales se exponen sucesivamente: teoría de la ciencia, la realidad espiritual, la ontología, el pensamiento axiológi-

co, el pensamiento estético, el pensamiento jurídico, el pensamiento social y el pensamiento educacional de Alberto Rougés.

Una sección, que consideramos de gran acierto, es la que Pró denomina *Breviario Rougesiano*, en la cual se recopilan pensamientos, aforismos y expresiones breves. Su lectura nos pone en contacto con un alma profundamente espiritual, desinteresada y comprensiva. Muchas de estas sentencias han sido extraídas de cartas destinadas a conocidos pensadores argentinos, como Alejandro Korn y Francisco Romero. Siguen a esta antología del pensamiento de Rougés, tres secciones finales en las cuales se exponen la cronología biobibliográfica, trabajos publicados e inéditos y juicios críticos sobre la obra, el pensamiento y la vida.

En presencia de este libro sobre las ideas del pensador tucumano, cabe la pregunta: ¿Qué significa Rougés en el conjunto y en la evolución del pensamiento filosófico argentino? Filosofar era para él una vocación, jamás un medio de exhibición. Si en sus primeros años, como dice él mismo, fué un prisionero, no un adepto, del materialismo científico del siglo XIX, no tardó en exceder ampliamente esta etapa. Su posición filosófica definitiva es superación de todo positivismo, al ubicar al hombre en una realidad espiritual que, sin desconectarlo de lo concreto, lo acerca a lo divino. En una ontología de graduaciones en la cual se asciende desde el ser físico, que es sólo en el instante, como si cada instante fuera una novedad, sin perspectivas; la realidad espiritual, en que se encuentra el ser humano, vive en el

presente el pasado y presagia su futuro. Lo distintivo de la espiritualidad es la trascendencia, pero no una trascendencia mezquina, escamoteada, sino firme y decisiva. Esta actitud de Rougés se nota con toda claridad en la confrontación a que Pró la somete con la de otros filósofos coetáneos del pensamiento europeo.

Ahí está, en esta conexión de lo espiritual con lo eterno, la originalidad del pensamiento de Rougés y su novedad en un filosofar argentino, generalmente privado de elevación y densidad. Conoce las lucubraciones de los filósofos europeos, las ha sometido a meditación y análisis; pero no los repite, porque en la reflexión no le han satisfecho. Sabe mirar más lejos, hacia Platón, Plotino, San Agustín. No lo deslumbra lo cercano, lo que está de moda, como a tantos de nuestros filósofos; se desnuda a sí mismo en la meditación, que es también ahondamiento en las raíces del propio ser. Ve en la eternidad, que también pertenece al hombre, la realidad espiritual más alta en la jerarquía de los seres. Es un acercamiento, por similitud, al Ser Supremo, pues en la identidad espiritual presente se dan el pasado y el futuro. Por eso, el hombre debe trascender en una escala de valores que, en el olvido de sus egoísmos, encuentra la auténtica realización de su ser. En lo puramente individual no hay trascendencia. Esta se da en la abnegación por la familia, en la capacidad para vivir el punto de vista social para el bien común, en la consagración a la cultura, manifestada en la filosofía, la ciencia y el arte y, finalmente, en Dios.

Esta actitud espiritualista de Rou-

REVISTA DE LIBROS

gés es la que da sentido a sus ideas axiológicas, especialmente en estética, jurídicas y sociales. Desde su retiro y alejamiento tucumano fué, durante mucho tiempo, una voz discordante en medio de un positivismo adueñado de las cátedras y del ambiente cultural. Su lucha en defensa de los valores espirituales fué silenciosa y antes bien epistolar, pues su obra máxima, su único libro, *LAS JERARQUÍAS DEL SER Y LA ETERNIDAD*, apareció dos años antes de su fallecimiento. Pró no ha considerado conveniente presentar el pensamiento de Rougés a la par con el de otros filósofos argentinos. Sólo de paso menciona a los últimos, principalmente para fijar históricamente acontecimientos e influencias culturales.

Señalaremos, finalmente, que este libro es el más hermoso homenaje que se podía tributar a Tucumán y a sus mejores hombres. Por él desfilan Juan B. Terán, Ernesto Padilla, Miguel Lillo y varios otros, todos tratados con admiración y cariño. Pró no es tucumano y, por eso, ese libro y este homenaje cobran un mérito mayor, y muestran desinterés e imparcialidad. Ojalá los tucumanos actuales, especialmente aquellos que se consideran depositarios de la cultura en la Universidad y fuera de ella, comprendan este mensaje y sepan trascender espiritualmente como Rougés para reparar los atentados cometidos en contra de la cultura.

Luis Farré

JAROSLAW M. FLYS: *El lenguaje poético de Federico García Lorca*. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid, Gredos, 1955. Vol. rústica, 244 págs.

Este libro sirvió a su autor, joven estudioso norteamericano, para doctorarse por la Universidad de Madrid. No es un libro más sobre Federico García Lorca. El propósito de su autor de encarar el estudio desde un punto de vista estilístico, contribuye eficazmente a enriquecer la escasa bibliografía lorquiana en este aspecto. Sin embargo, no es por eso un libro rigurosamente científico ceñido únicamente a preceptivas o sistemas preestablecidos para destinarse con exclusividad a un grupo reducido de lectores. La lectura de este estudio se agiliza desde su comienzo por la riqueza de ejemplos poéticos muy bien escogidos que, por otra parte, contribuyen no sólo a la concepción didáctica de la

obra sino también a revelarnos de inmediato la sensibilidad de Jaroslaw M. Flys para la comunicación poética. Esto predispone al lector corriente, no especialista, a una espontánea actitud de simpatía con el libro, tan imprescindible para una aprovechada gustación del mismo.

El estudio del lenguaje poético de un autor como Federico García Lorca es, por la riqueza innumerable de sus matices, delicado y riesgoso ya que siempre se prestará, por inagotable, a renovadas enmiendas o adiciones. Conciente de ello, Flys no se propone un análisis total sino solamente el de algunas de sus formas expresivas: la metáfora y el símbolo, desde sus etapas iniciales hasta su significación

más profunda en la obra de la madurez. Sigue para ello el método y la terminología del joven poeta español Carlos Bousoño, en sus libros *LA POESÍA DE VICENTE ALEIXANDRE* y *TEORÍA DE LA EXPRESIÓN POÉTICA*. En esa trayectoria, la evolución del fenómeno poético se desenvuelve en la obra de Lorca con un sentido de unidad y constante perfeccionamiento, a veces inadvertido por los críticos y muy bien señalado por Flys.

En la primera parte de este ensayo se expone en forma concisa una serie de principios y conclusiones referentes a la obra del autor que se desarrollan y amplían en la segunda parte con el análisis estilístico de las formas antes mencionadas, señalando al lector lo que debe ser el conocimiento científico de la obra literaria. Con el estudio de la metáfora, el símbolo y la alegoría lorquiana, recorre Flys un camino que va desde el *LIBRO DE POEMAS* al *POETA EN NUEVA YORK*, el *DIVÁN DEL TAMARIT* y los poemas póstumos para demostrarnos cómo esas formas expresivas contribuyen a revelar e iluminar el templo afectivo del poeta.

La parte dedicada al estudio del símbolo cumple el propósito perseguido por el autor: estudiar y valorar, como no se había hecho hasta ahora, una de las más grandes creaciones de García Lorca, el *POETA EN NUEVA YORK*. El simbolismo de este poema es innegable. "Cada imagen, cada expresión desesperada está cargada de un intenso valor simbólico a pesar de un frecuente uso de términos totalmente reales, concretos y crudos. Cada poema es un gran símbolo, cuyo plano real es el gran teatro del mundo del siglo XX". Y ese símbolo está consi-

derado por Flys en su triple aparición: emblema, símbolo monosémico, y símbolo bisémico. El emblema domina dos momentos de la producción lorquiana, el primero y el último.

Los símbolos de la época juvenil son el producto de la "típica actitud meditativa e intelectual" de esta etapa, tan bien reflejada en el *LIBRO DE POEMAS*, donde el lenguaje simbólico se adapta a una serie de sentimientos de tristeza, melancolía y descontento.

En el libro de las *CANCIONES* casi no aparece el símbolo. El poeta ha reemplazado la mirada interior, simbólica, por una más directa y contemplativa; su inclinación tiende hacia lo visual y decrecen sus intentos filosóficos. También se explica la ausencia de símbolos en el *ROMANCERO GITANO*. El poeta, en la cumbre ya de su evolución artística, ha abandonado el primitivo afán de espiritualizar lo material por medio de símbolos tradicionales. En el *ROMANCERO* el procedimiento empleado es todo lo contrario: lo abstracto y espiritual se concretizan en la imagen visual que el poeta domina y maneja con una exactitud y belleza inigualables. La metáfora, que reemplaza totalmente al símbolo, alcanza en este libro una categoría artística no lograda en la poesía española. Pero después del *ROMANCERO GITANO* García Lorca deja a España y va a Nueva York. Para el poeta, la realidad de la inmensa ciudad moderna, de esa "ciudad mundo" como él mismo la llamó, se convirtió en un símbolo de la ciudad civilizada. La Ciudad le reveló una dramática verdad: "la identidad absoluta de la angustia del hombre en todas las latitudes". Allí escribe su *POETA EN NUE-*

REVISTA DE LIBROS

VA YORK donde cada verso es un símbolo del choque dramático entre el mundo natural y el mundo mecanizado, disonante y violento. Las metáforas desaparecen casi por completo y un lenguaje simbólico, difícil, desgarrador y profundo expresa la realidad más azarosa del mundo contemporáneo. Flys se detiene en una conceptualización de este libro tan poco estudiado por la crítica, con el loable propósito de iniciar desde las páginas de su ensayo la revalorización de la obra poética de Lorca durante su permanencia en Nueva York y su justa valoración como una obra de profundísimo significado.

En forma menos detenida pero no

menos intensa e interesante se analizan otros recursos estilísticos como la *alegoría*, la *imagen visionaria* y la *visión* cuyos conceptos amplía respecto a la definición de Bousoño y entendiéndolas como uno de los recursos de mayor valor poético de la poesía moderna.

La correcta exposición de Jaroslaw Flys responde perfectamente a su título. El alto nivel en que se despliega revela las serias dotes de captación de su autor. En resumen, un libro nítido, completo y metódico que se ha incorporado dignamente a la serie "Estudios y Ensayos" de la Biblioteca Románica Hispánica.

Nelva E. Zingoni

SIDNEY HOOK: *La educación del hombre moderno*. Traducción directa del inglés por Josefina Ossorio Editorial Nova, colección "Biblioteca Nova de Educación", Buenos Aires, 1957. Vol. rústica, 209 págs.

El autor de este libro pertenece al movimiento filosófico y pedagógico que reconoce en John Dewey su inspirador más notable, y que hace del método científico y experimental el medio preferente para la solución y el estudio de los problemas humanos, individuales y sociales. Por otro lado, procede de un socialismo, que en sus orígenes fué netamente revolucionario y que en él se fué atemperando paulatinamente hasta tomar una forma "progresiva" a la cual no es ajeno su intento de interpretar el marxismo a la luz de la concepción pragmatista (TOWARDS THE UNDERSTANDING OF KARL MARX, FROM HEGEL TO MARX, MARX AND THE MARXISTS, etc.).

EDUCATION FOR MODERN MAN —cuya impecable versión castellana nos entrega la editorial Nova once años después de su edición originaria— condensa el pensamiento pedagógico de Hook en el tono polémico de muchos de sus escritos. En particular, la polémica está dirigida contra los miembros de la "escuela de Chicago" (Robert Hutchins, Mortimer Adler, Fulton Sheen, Mark Van Doren y otros) y los defensores del plan de estudios del *St. John's College* (Alexander Meiklejohn, por ejemplo); en general, contra la concepción teológica y metafísica del hombre y la educación a la que enfrenta el punto de vista experimental típico de la corriente pragmática. Con ese criterio como instru-

mento, Hook se propone “descubrir lo que es una educación adecuada para el hombre moderno y probar la validez de todas las premisas prácticas respecto al método y al contenido —sea cual fuere su origen— que promete llevarla a cabo” (pág. 37). De ahí, también, las cuatro preguntas básicas que aspira a responder: “1º ¿Cuáles deberían ser las aspiraciones o fines de la educación y cómo podríamos determinarlos? 2º ¿Cuáles deberían ser sus conocimientos prácticos y su contenido y cómo pueden justificarse? 3º ¿Mediante qué sistemas y materiales pueden ser suficientemente transmitidos los correspondientes conocimientos y contenidos educacionales, con objeto de realizar los anhelados fines? 4º ¿Qué relación guardan los fines y medios de la educación con un orden social democrático?” (pág. 12).

El tratamiento de la cuestión de los fines educativos le da oportunidad para establecer el principio de la pluralidad de los objetivos pedagógicos y su organización sobre los planos biológico, social y personal. En el primer plano, es decir, desde el punto de vista del desarrollo orgánico del hombre, el fin de la educación es el *crecimiento*. Sin embargo, el crecimiento no es una categoría meramente biológica, sino que trasciende esa esfera en la medida en que lo importante es su *dirección* dentro de un determinado orden social. De esa manera el plano biológico se pone en contacto con el social que, según Hook, exige la forma de vida democrática única capaz de garantizar un crecimiento continuo conforme a las posibilidades individuales. Por ese camino llega a la tercera esfera que se refiere al hombre

como carácter y personalidad y en la cual surge como finalidad específica el cultivo de la inteligencia. De ella expresa Hook que “nos permite romper las ciegas rutinas de la costumbre al enfrentarnos con dificultades nuevas; descubrir alternativas cuando un impulso irrazonado fuese a lanzarnos a la acción; prever lo que no pudo ser evitado y controlar lo que puede serlo” (pág. 24).

Crecimiento, democracia e inteligencia son, pues, los tres objetivos básicos de la educación, determinados, no por una intuición esencial y autoafirmativa de la naturaleza humana, como aconseja el dogmatismo metafísico, sino por la observación de las “consecuencias” de los fines en la experiencia, conforme resulta de la aplicación del método científico. Este principio de selección de objetivos se apoya, a la vez, en el interés por expresar la naturaleza humana, “no en términos de una esencia absoluta, sino en términos de un curso evolutivo en el tiempo y en relación con el mundo de las cosas, de la cultura y de la historia, del cual es parte inseparable” (págs. 19-20).

Tanto en el análisis del tema teleológico como en el de los contenidos de la educación se observa la importancia eminente que Hook otorga al presente en el cumplimiento del proceso educacional. Al considerar los contenidos brega por la inclusión de los problemas y las realidades contemporáneos en el *currículum* escolar. No cree que la solución esté en un desmesurado culto del presente, sino que no hay otra salida que la de hacer que toda educación ayude a comprenderlo y a conocerlo. De lo contrario se corre

REVISTA DE LIBROS

el riesgo de caer en la absurda actitud de aquéllos que “fulminan contra la degeneración de la pedagogía moderna porque algunas escuelas prestan atención a los puentes, canales y sistemas sanitarios de nuestras ciudades, así como a otras grandes hazañas de la ingeniería, y encuentran perfectamente natural estudiar y admirarse de las maravillas de los acueductos, los sistemas de desagüe y los caminos romanos” (pág. 81).

La búsqueda de los principios que han de regir la formación del hombre moderno y su papel en la democracia alienta igualmente los capítulos sobre *La centricidad del método*, *Un programa educacional*, *Educación vocacional*, y el bello y valiente sobre *El buen maestro*, “persona abnegada, con profunda fe en lo que está haciendo,

y acreedora no sólo al respeto en una democracia, sino a un puesto en sus consejos” (pág. 180). Justamente, por éste último capítulo, más que por ningún otro, y por la magnífica “Introducción”, nos enteramos, sin ningún retaceo, de la crisis que aqueja la educación de los adolescentes y jóvenes norteamericanos, y de la situación nada envidiable de sus educadores. Tal cual la describe Hook se asemeja mucho a la nuestra. De ahí que, a pesar de las referencias exclusivas a la situación de los Estados Unidos, el libro pueda ayudarnos a comprender y a resolver la encrucijada pedagógica argentina tan necesitada de estudios de idéntica hondura a la de éste, que un norteamericano ha dedicado a su país.

Ricardo Nassif

CHARLES SHERRINGTON y otros: *Las Bases Físicas de la Mente*. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1957 (tr. y notas de A. L. Merani), 1 vol. en rústica de 103 págs.

Todos estamos de acuerdo en que los ingleses poseen sus particularidades. En el mundo intelectual hacen cosas verdaderamente extraordinarias; hablan por radio, por ejemplo, de filosofía política y contra el rey, sin dejar, desde luego, de hacer propaganda anarquista. Claro está que hacen esto y muchísimas cosas más, pero el hecho es que, y vamos aquí a lo que nos interesa: organizan conferencias radiotelefónicas en equipos y resultan buenas.

Un conjunto de hombres de ciencia dedicados al estudio de problemas neurológicos y psiquiátricos han sido reunidos para que hablen acerca de su

saber sobre los aspectos físicos de la actividad mental. Tres filósofos colaboran para poner un poco de orden en las cosas. El conjunto de conferencias fué redactado por sus autores teniendo presente que el fin del ciclo era dar a conocer a un público numeroso el estado actual de las investigaciones sobre esos problemas. Las conferencias fueron transmitidas por la B. B. C. de Londres.

Entre los participantes se encuentran especialistas de fama internacional por su aporte al esclarecimiento de los temas que abordan. Así, por ejemplo, Charles Sherrington, el padre de la neurofisiología contem-

poránea, en una breve introducción establece la relación entre el tema propuesto y la fisiología del sistema nervioso, haciendo mención de la experiencia obtenida a través de la neurocirugía y de la electrofisiología. E. D. Adrian, quien tanto ha hecho por el conocimiento de los fenómenos eléctricos relacionados con la conducción del impulso nervioso, expone sobre los cambios eléctricos que pueden ser registrados durante la actividad del sistema nervioso. W. E. Le Gros Clark, conocido anatomista de Oxford, encara la significación anatómica y evolutiva de las estructuras en una descripción panorámica de las agrupaciones celulares y la distribución de las fibras dentro del sistema nervioso central. S. Zuckerman trata de extender analógicamente a las estructuras nerviosas y al comportamiento de los seres vivos, algunos de los mecanismos descriptos para la construcción de cerebros electrónicos. Tomando por base a Hughlings Jackson, para quien "la entidad que llamamos conciencia no existe", considerando que "en condiciones normales somos en cada momento diversamente concientes", E. Slater trata de establecer vínculos entre los grados y los estados de conciencia con fenómenos nerviosos y orgánicos generales. Russell Brain, uno de los decanos de la neurología inglesa, desarrolla el tema "Palabra y pensamiento", tomando el problema de la palabra desde el punto de vista receptivo, es decir la palabra en tanto que es percibida; le preocupa la demostración de la existencia de "fenómenos en el cerebro que pueden ser tanto fisiológicos como mentales" y para ello trata de establecer un pa-

ralelo entre los fenómenos perceptivos, mnemónicos e ideatorios y la actividad del sistema nervioso, en la estructuración, evocación y distinción de "modelos eléctricos". También un neurocirujano ha colaborado, es W. Penfield, quien toma como tema la función de la corteza cerebral, cuya actividad lo lleva a considerar las funciones de las estructuras grises mesencefálicas y rombencefálicas realizando así una exposición no técnica de su teoría del "centrencéfalo".

Termina este pequeño volumen con una "discusión filosófica". El Vizconde Samuel admite el dualismo fundamental, que tácitamente aceptaran los científicos y cree que las cosas podrán solucionarse con perfeccionamiento y apoyo mutuo entre ciencia y filosofía. A. J. Ayer critica a los expositores manifestando que todos han hablado como si esperasen descubrir "algo que podría descubrirse como la sede de la mente, como si se pudiese concebir que la mente y el cerebro se encuentran en un punto en el espacio"; las dificultades del problema son, para él, de orden lógico: "hablar de la mente o del cuerpo son dos modos diversos de clasificar o de interpretar nuestras experiencias. Para Gilbert Ryle el meollo del problema radica en que lo encuadramos dentro de conceptos abstractos cuando, por el contrario, la realidad se nos presenta en forma de entidades individuales y concretas.

El mismo Ryle relata una anécdota que ilustraría metafóricamente la dirección general del empeño científico sobre este tema: unos campesinos estaban azorados ante la presencia de una locomotora; ante tal situación un pastor les explicó el funcionamiento

REVISTA DE LIBROS

de la máquina; luego uno de los campesinos preguntó: —“*Está bien, Pastor, comprendemos lo que dice de la máquina de vapor, ¿pero adentro hay o no un caballo?*”

Respecto de las notas aclaratorias

del traductor, diremos que lo peor no es cierto evidente carácter tendencioso sino la inclusión de algunos datos erróneos.

Rubén Córscico

L. BETHEL, F. S. ATWATER, G. H. E. SMITH, H. A. STACKMAN, jr: *Dirrección y Organización Industrial*. Fondo de Cultura Económica, México, 1955. Vol. rústica, 882 págs.

En aulas y libros, el estudiante universitario trata de hallar ciertos “esquemas” teóricos que lo capaciten para la lucha cotidiana, práctica; con el auxilio de textos y profesores se supone que tratará de convertir el raciocinio en un rayo de luz benéfico, proyectado sobre los problemas nacidos de la realidad. El estudiante de ciencias económicas encontrará provechosa la lectura de este libro, que excede los límites de la enseñanza oficial en lo que se refiere a la organización, al detalle de las operaciones industriales y a la coordinación de los distintos órganos. En el libro, estos tres temas centrales —organización, operaciones y coordinación— agrupan, después de una breve “introducción a la industria norteamericana”, innumerables acápites, tales como: el riesgo, la financiación, localización de la planta, control de producción, standards, relaciones industriales, publicidad, coordinación interna y externa, etc. Pero es obvio señalar que no sólo el estudiante puede servirse de tanto material, hábilmente clasificado. El actual desarrollo de la economía argentina, que obliga a las empresas a un racional empleo de sus posibilidades —medios técnicos, mano de obra y mate-

riales— a fin de poder entrar en competencia, señala al director empresarial como la persona más indicada para adquirir conocimientos sistemáticos; éste es quien debe de *saber* para *actuar* mejor en el momento de emplear los factores productivos.

Dirigir una empresa no es función despreciable y sencilla. No es ocupación, tampoco, para los viejos “hombres de negocios” (*bussines men*) que fundamentaron la riqueza material de los países en otro momento. El estado actual de la legislación social, las ideas culturales, las esferas con que debe rozarse el director, las necesidades siempre crecientes y no del todo adaptables a los viejos postulados económicos, el momento histórico, la particular configuración social que demuestran América del Norte, Latinoamérica, Argentina, hacen que el viejo “hombre de negocios”, al asomar su cabeza para ver quién golpea a su puerta, descubra que es la exigencia, la exigencia de la sociedad que clama por más y mejores bienes, sólo producibles por quienes contemplan la realidad social.

Pero su mirada hacia la calle no termina de sorprenderlo, cuando recuerda que para producir más y me-

por debe reorganizar toda su industria. Aquí empieza el drama. El apremiado hombre de negocios podrá tratar de exprimir a los obreros, podrá desgastar los equipos, podrá convertirse en un dictador empresarial; pero este hombre, este productor, que antaño puso gran parte de su fortuna y de su tiempo al servicio de una sociedad donde la técnica, la economía y la política eran distintas, puede muy bien tratar de adaptarse al cambio. Esto lo logrará, principalmente, comprendiendo que su tarea no es la de "poseer", la de sentirse "patrón", o "gran padre" de todos los trabajadores, sino la de un especial trabajador más. Su función será la de agrupar, la de reunir y encaminar los distintos factores de la empresa; esa será su justificación.

Se ha comprendido que la agrupación del humano en la empresa, no la posesión del mismo, es lo que conduce a una efectiva organización y por consiguiente a una alta productividad, que es la función de la empresa.

Ubicar y detallar al máximo la función directiva dentro del círculo industrial y en el marco social, es una tarea que los autores del manual "Di-

rección y Organización Industrial" han desarrollado con criterio atendible, erudito, realista y razonable; y aunque algunas veces los análisis se ven constreñidos a causa de la cantidad de temas, en ningún momento disminuye el rigor sistemático, la sutileza del tratamiento y, sobre todo, esa rara cualidad surgida de la observación práctica: la vitalidad, que bien podría ser cosa común en las aulas de nuestra universidad.

Es de destacar, también, que en algunos casos —al referirse a las relaciones humanas en la industria, por ejemplo— los autores enfocan los problemas de acuerdo con los conceptos más nuevos en los Estados Unidos.

El volumen contiene en cada capítulo, numerosos ejercicios prácticos y copiosa bibliografía. A todo esto se añaden abundantes representaciones gráficas. El conjunto hace que el libro se convierta en una de las mejores publicaciones dentro de la especialidad, editadas hasta el momento. La traducción pertenece a Leopoldo Gutiérrez de Zubiaurre.

Jorge Antonio Nobile

RODOLFO MONDOLFO: *Problemas de cultura y de educación*. Editorial Hachette. Buenos Aires, 1957. Volumen rústica, 179 págs.

"¿Qué artesano, envejecido en su oficio, no se ha preguntado alguna vez, con un ligero estremecimiento, si ha empleado juiciosamente su vida?", comenta, refiriéndose al historiador, Marc Bloch en su INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA. Aplicada al educador, la aseveración mantiene intacta su validez, pues, en efecto, pocos menesteres

inquietan tanto como el de éste a quienes lo realizan, con ese "ligero temblor interior", mezcla de temor y esperanza de todo aquél que siente la responsabilidad de su difícil labor. Año a año, al iniciar sus tareas, el problema de la eficacia de su labor agujonea y acucia a su conciencia; día tras día, al término de su jornada, las dudas re-

nuevan el asalto y el asedio a su espíritu. En el ilusorio intento de aferrarse a guías seguras, persigue vanamente la posesión y el empleo de fórmulas instrumentales, de válida generalidad. Voluntarioso ensayo de alcanzar un medio eficaz para afrontar la "misión ardua" de "preparar en cada individuo al hombre, formar su intelecto y su voluntad, llevar al acto esa *humanitas* que se halla en estado potencial en cada uno". Imposibles fórmulas, inaplicables en su abstracta generalidad conceptual; es decir, ineficaces e inoperantes. "Porque ya se hallan vivas en los jóvenes discípulos las fuerzas que se trata de poner en movimiento; esas fuerzas se hallan ya en cierta tensión, demasiado a menudo comprimida y sofocada, pero que apoyada y dirigida sabría desarrollar un vigor fecundo en resultados". (página 114).

Esa es la materia concreta, viva y palpitante con lo que trabaja el educador, que no podrá encauzarse ni dirigirse por medio de esquemáticas fórmulas abstractas conceptuales, ya hechas, que resultarán demasiado frías y rígidas, inadecuadas, inútiles y deformadoras. Estímulo, ejemplo y guía; suscitador de energías e inspirador de impulsos y fuerzas vitales: ello es lo que configura al educador en el desenvolvimiento de su actividad docente.

Difícil es lograrlo, sin duda. Necesita, desde luego —descontada la existencia de una inequívoca y firme vocación—, mucha humildad y gran perseverancia. Y necesita, además, el conocimiento y la posesión de una teoría de la educación. Teoría que ha de surgir de la realidad concreta: el conocimiento de las necesidades cultu-

rales y espirituales del hombre en su medio social e histórico, y que se dirige a una realidad igualmente concreta: "la realidad concreta de la vida espiritual vivida por el mismo joven", y enderezada a orientar esa misma vida espiritual, en un proceso armónico de desenvolvimiento y formación de la personalidad total.

El comentado libro del profesor Mondolfo constituye un valiosísimo aporte para un conocimiento profundizado del problema. En los apretados límites de un breve comentario, que no pretende ni presume esbozar su síntesis, sólo cabe señalar la importancia de los temas estudiados, el rigor y la hondura del análisis, la riqueza de la contribución del material histórico, la profundidad de la visión filosófica, la rica y decantada experiencia educativa de su autor y la claridad de exposición.

Y si todo ello no constituyera suficiente incentivo para su lectura, habrá que añadir el sentido de inescindible unidad de los diferentes ensayos que constituyen el volumen total, agrupados en tres partes: *Trabajo y cultura*, *Cultura y Libertad* y *Los problemas de formación cultural*. Los distintos ensayos que componen cada uno de estos tres apartados, exponen una profunda teoría de la *Praxis*, armónica conjunción dialéctica de teoría y de práctica, de trabajo manual y de trabajo intelectual; un agudo análisis de la división del trabajo y su importancia para el problema educativo; una cálida exposición de las ideas directrices de la escuela democrática, de la enseñanza laica y del concepto de libertad como esencia, medio y fin de la educación, y, finalmente, el deteni-

do análisis de algunos problemas atinentes a la enseñanza media y a la universitaria, análisis al que sirve de complemento el apéndice de "La más antigua universidad europea: la de Bolonia".

Pero sólo la lectura de este claro libro del profesor Mondolfo podrá

dar una idea cabal de la riqueza de su contenido. De mayor interés ha de resultar para todos quienes alienten inquietudes por los problemas de la educación y, en especial, debe ser recomendado a los profesores en ejercicio en la enseñanza media.

Segundo A. Tri.

MARÍA DE VILLARINO: *Nuevas coplas de Martín Fierro*. Editorial Kraft, Buenos Aires, 1957. Volumen rústica, 349 páginas.

En su libro NUEVAS COPLAS DE MARTÍN FIERRO, que acaba de aparecer, publicado por la editorial Kraft en la colección *Cosas de nuestra tierra*, aborda María de Villarino una empresa muy diferente a sus conocidas afinidades poéticas, en un importante intento literario, compuesto durante varios años de severa labor.

El personaje de Hernández es de aquellos sujetos literarios que han adquirido una existencia independiente, fuera de la ficción poética del autor, de aquéllos que proclamaba Unamuno con tanta o más realidad que los autores mismos. Como sucedía con los esforzados héroes de las novelas de caballerías, las sergas de sus descendientes han tenido su cronista: EL HIJO DE MARTÍN FIERRO, de Bartolomé Aprile; mientras que JUAN SIN LANA, de Héctor C. Bermúdez, se siente "el moderno Martín Fierro", por no citar sino dos de las continuaciones en verso que el poema de Hernández ha inspirado. Las NUEVAS COPLAS DE MARTÍN FIERRO llevan por subtítulo: "Donde evoca las pampas de su infancia y mocedad" y dice la autora en la *Nota preliminar*: "El objeto de este poema ha sido el de reconstruir, en sus principales ca-

racterísticas, las costumbres de la antigua vida de las pampas, que han ido desapareciendo, y cuyos temas, tanto en las obras de creación como en los testimonios de los viajeros, nos llegan parcialmente tratados. Mi propósito ha sido el de reflejar ese pasado, unirlo". ¿Por qué tomar pie, para intentarlo, en MARTÍN FIERRO? La necesidad, por una parte, de no caer en tentaciones literarias y, por otra, la de limitar el alcance del tema: las pampas que se evocan son las que pudo recorrer Martín Fierro en su infancia y juventud, en tiempo y espacio. No cae María de Villarino en la tentación de hablarnos del nacimiento del héroe, de lances de infancia o mocedad, de sus padres, de su linaje. El personaje desaparece como actor, como hombre al que le acaecen cosas. Así como en el *Santos Vega* de Ascasubi el famoso trovero sólo es el rapsoda que cuenta la vida de los mellizos de La Flor, para señalar "rasgos dramáticos del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina", así Martín Fierro sólo actúa en este poema como narrador, para evocar un paisaje y un tiempo idos. Poema descriptivo, cuando la evocación no está a su cargo pasa

a boca de otros viejos —verdaderas sumas de experiencia y saber— que conoció en su infancia: un pialador, Don Pillo, un trenzador, algunos de los cuales retrotraen la evocación más atrás en el tiempo, hasta llegar a “años perdidos”, a 1810, a la colonia, como en la magnífica narración de los viajes que a las Salinas Grandes hacían las tropas de carretas que cruzaban el desierto en busca de la sal.

Pudiera objetarse que María de Villarino no ha sido fiel a la índole del personaje al hacerlo descriptor de la pampa. “La crítica apunta con delicado error —dice Borges— que Martín Fierro es una presentación de la pampa”. Y Martínez Estrada ha demostrado para siempre cómo en el poema de Hernández se presiente la pampa y sus hábitos sin que se los detalle nunca. Martín Fierro evoca lances de su vida sin detenerse en descripción de paisajes o costumbres. Pero también es cierto que cuando recuerda la época feliz, su pasado, en forma fugaz, el escenario se anima y rodea al actor. Aun cuando no con la minuciosidad de *Ascasubi* o la apasionada evocación de *Hudson*, Hernández hace añorar a su héroe la tierra aquella y describirla: “Yo he conocido esta tierra”, y los afectos que en ella ganó: “Tuve en mi pago en un tiempo”. Es, precisamente, ese “en un tiempo” el que se propone rescatar la autora de estas *NUEVAS COPLAS*. Y quien lo actualiza es Martín Fierro viejo. También aquí se es fiel al personaje: el que recuerda es el Martín Fierro de la *Vuelta*, bien diferente, como sabemos, al de la primera parte. Las razones —otra visión del mundo y de las cosas por parte de Hernández o un cambio íntimo y obligado

del personaje— no interesan aquí. El perseguido, el hombre abandonado a sí mismo, olvidado de los hombres, de la *Ida*, se siente intérprete de una sociedad de tierra de fronteras, de un pueblo en total desamparo, excluido de toda verdadera comunidad humana; y poseído del huraño y árido orgullo de los que se consideran elegidos, se da a cantar cosas que “ni el tiempo podrá borrar”. Un encendido ánimo de cruzada anima esa primera parte de la obra, fervor militante que desaparece en la *Vuelta*. Volviendo la mirada a las desdichas soportadas, olvidados sus crímenes por sus contemporáneos, los sentimientos de venganza, angustia y odio del perseguido quedan apagados y se abrigan más altivas y confiadas esperanzas. Ya Martín Fierro no habla: escucha: a sus hijos, a *Picardía*; o los aconseja. Aquí ha tomado María de Villarino el personaje, unos años más viejo todavía. Y “regresa para cantar, en su vejez, los mejores recuerdos”. El contorno se delimita, esa tierra de nadie se acerca: es ahora el *Azul*, *Tapalqué*, los pagos del *Tuyú*, el *Tandil*; el tiempo se precisa en fechas: “Nací por el 34”, “allá en el 75”; el desierto adquiere dueños: *Cal Tucurá*, *Catriel*. Se asiste a las diversiones: riñas de gallos, el pato, la tarde en la pulpería, los bailes; a las tareas de la yerra, del rodeo, de los boleadores de avestruces; se presenta el arte de trenzadores y pialadores. Y todo ello sin pintorequismo folklórico, con fidelidad a la honda reciedumbre de la creación de Hernández: es Martín Fierro quien sigue contando, es su tono sentencioso, son sus dichos, que la vejez no ha borrado; es la pampa áspera e inabordable todavía, recorri-

da por manadas de potros salvajes, herida por las quemazones y arrasada por las sequías.

Todas estas descripciones, que corresponden a las dos partes centrales del libro, *Tiempo de infancia* y *Tiempo de mocedad*, están precedidas por un inspirado *Preludio* de tono esencialmente lírico, en el que Martín Fierro reflexiona sobre aquellas etapas de la vida, sobre la mocedad, que "se sabe cuándo pasó/ no cuándo melló su filo", tiempo perdido que la memoria trata de recuperar: "Lo que mestura el olvido/ el tiempo otra vez lo da", en el tono nostálgico y sereno del hombre que se siente de vuelta de todos los caminos. En el *Epilogo* retoma contacto con los personajes de la Vuelta, con sus hijos, encuentro efímero en la Esquina del Tuyú, tierra de payadores, para volverse a soltar todos a los cuatro vientos. En un *Canto final*, "Martín Fierro identifica su destino

con el de la pampa, como símbolo y personificación indestructible de su raza".

El poema emplea la lengua, vocabulario y sintaxis de MARTÍN FIERRO, así como la estrofa, siguiendo el tipo fijado por Leumann en su edición crítica. Acompañan las NUEVAS COPLAS DE MARTÍN FIERRO unas eruditas *Anotaciones*, que han de pasar a figurar entre la mejor bibliografía gauchesca. En ellas, las alusiones del texto llevan sus correspondientes aclaraciones, hechas sobre la consulta de los principales autores, con información precisa y sin inútiles digresiones. Ilustran el libro cinco dibujos de Luis Seoane, en que están fijados con escueta maestría sintética los elementos esenciales e indispensables del humano vivir gaucho, los de su necesidad material y los de su exigencia emocional, dados en líneas rotundas, ágiles, indubitables.

Amelia Sánchez Garrido.

HOMERO: *La Iliada*. Traducción de Luis Segalá. Introducción e índices de Guillermo Thiele. Edición de Revista de Occidente, Madrid, para las ediciones de la Universidad de Puerto Rico. San Juan de Puerto Rico, 1956. Vol. rústica, CII + 602 págs.

La Universidad de Puerto Rico ha realizado una nueva edición de la ILÍADA utilizando la difundida traducción de Luis Segalá. La novedad del volumen estriba, entonces, en la introducción e índices de Guillermo Thiele.

La introducción es bastante extensa y está dividida en dos partes. La primera parte, "Homero y su Iliada", está dedicada al Homero histórico y a los problemas que su existencia o su falta de existencia ha provocado. Naturalmente, la mayor parte del inciso

corresponde a la exposición de lo que se llama la "cuestión homérica". A fines del siglo XVIII, el señor Friedrich August Wolf tuvo la osadía de suponer, por escrito, que el señor Homero no pudo haber sido capaz de componer, él solo, los poemas que llevan su nombre. Tal suposición encubría, de hecho, la escandalosa insinuación de que Homero no existió. El aplauso y la reprobación no se hicieron esperar, y la batalla ha durado hasta la actualidad. El profesor Thiele

REVISTA DE LIBROS

expone con amena seriedad científica el planteo y desarrollo del problema, cuyo fecundo resultado ha sido la depuración del texto y el análisis profundo y minucioso del poema. Es una exposición clara, objetiva y actualizada de la "cuestión homérica", útil para el estudioso y entretenida para el profano.

La segunda parte, "Temática y estructura intrínseca de la *Ilíada*", estudia escenarios, personajes, forma, contenido y estilo del poema. Se analizan allí, con acertado criterio selectivo, los elementos más importantes para la comprensión estética del poema. El goce del texto homérico se ve acrecentado por inteligentes enfoques que iluminan la peculiar atmósfera que rodea la narración. El "tono" característico de la *ILÍADA* se logra, sobre todo, por medio de cinco principios que enumera el profesor Thiele: 1) el del aislamiento de cada asunto enfocado; 2) el de la plasticidad; 3) el del dinamismo estructural; 4) el de la variedad; 5) el de la objetivación mediante el distanciamiento. Estos principios adquieren justificación y validez plena si el lector que se aproxima a la *ILÍADA* no deja de tener en cuenta algo fundamental: que Homero escribió la *ILÍADA* en griego y en verso, y para ser recitada y no leída.

Interesa destacar una virtud esencial de la introducción del profesor Thiele. A todo lo largo de ella, ha logrado un sabio equilibrio entre la sólida erudición, indispensable a este tipo de trabajo, y la sensible valoración capaz de descubrir las bellezas del poema, que son, en última instancia, las únicas responsables de su vigencia a través de los siglos.

Los índices son dos. El índice de nombres enumera todos los nombres propios que aparecen en el poema. Permite, con seguridad y rapidez, ubicar personajes y episodios. Más significativo es el otro, el llamado índice de materias que, según el autor, "facilitará una visión panorámica de la cultura material y espiritual del mundo homérico en cuanto ésta se vislumbra en la *ILÍADA*". Aparte de la utilidad que ese índice puede prestar a la frecuentación del poema, la recorrida de esa aparentemente fría enumeración de animales, vegetales, vestimentas, elementos, etc., produce un extraño fenómeno en el lector: le permite recrear, con independencia de los héroes, la vasta y minuciosa vitalidad que llena todos los intersticios del poema. Y, en este sentido, es más eficaz y convincente que cualquier otro estudio que pudiera realizarse sobre ese aspecto de los poemas homéricos.

Las treinta y siete láminas fuera de texto corresponden a personajes y escenas del poema; reproducen, en general, motivos de los antiguos vasos griegos. No tienen pretensión arqueológica pero prestan, sí, un encanto particular a la edición pues la ubican en la línea de los tradicionales volúmenes narrativos. En nuestra infancia, el placer de la aventura se veía acrecentado por la presencia en el libro de la imagen del héroe en circunstancias dramáticas. En este caso, el arte vigorosamente ingenuo de la cerámica griega completa el goce puro de ese maravilloso cuento que Homero nos viene contando desde hace más de dos mil años.

Atilio Gamarro.